

armando barona mesa



LA SOMBRA DEL RUISEÑOR

*Veintisiete poemas
y un ensayo*



Este es el segundo libro de poemas que El Bando Creativo le publica al doctor Armando Barona Mesa. El primero fue "Poemas sobre el viento". También tuvimos el agrado de editar el libro de historia titulado "Cali precursora".

Él, como lo anotamos en "Poemas sobre el viento", con humildad dice ser un poeta y escritor *amateur*, porque no ha vivido ni de la poesía, ni de la historia ni de la literatura, quehaceres que ejerce solo por devoción. Sin embargo, muchos de sus libros se encuentran publicados en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes Saavedra, de España, y en la también virtual Luis Ángel Arango del Banco de la República de Colombia, honores que muy pocos pueden mostrar. Eso quiere decir que sus trabajos, como es natural a su inteligencia y disciplina, están altamente calificados por esos dos centros de tan alta categoría intelectual.

La sombra del ruiñeñor

Veintisiete poemas y un ensayo

ARMANDO BARONA MESA

La sombra del ruiseñor

Veintisiete poemas y un ensayo

ISBN: 978-958-48-2333-5

© Armando Barona Mesa

Diseño e impresión:

El Bando Creativo

Primera edición, septiembre del 2017

Santiago de Cali, Colombia

Poemas

Lo que somos.....	9
Canto de primavera en invierno	11
El hombre y la vida	13
Siempre el mar	15
Canto de aniversario.....	17
Quinta Avenida	19
La mujer del metro.....	21
Apocalipsis	23
Circe la maga	25
La vieja canción	27
Mi destino.....	29
El barón de Nuquí.....	31
Miranda-Abril cumple diecinueve años	33
Antecedente del siguiente poema.....	35
El mar envenenado.....	37
Historia de un poema al gallo	39
Mi gallo de colores	41
Un tango, una copa y la mina.....	43

El maestro	45
Los tres minutos de un poeta que sueña.....	47
Música y olvido	49
Esfinge de las noches.....	51
La muerte de la doncella	53
El amor y los silencios.....	55
Philippe y Juliana	57
Hermanas	59
Mi madre como el viento	61
La muerte al día	63
Este amigo en el alma	65
Cachorrito blanco	67
Hambre, violencia y paz	69

16

Lejos un trino.
El ruiseñor no sabe
que te consuela.

17

La vieja mano
sigue trazando versos
para el olvido.

JORGE LUIS BORGES

Nota liminar

¡No estoy viejo!, es un rezongo de casi todos los viejos.

Pero, como dijera el poeta mexicano Salvador Díaz Mirón, “El ave canta, aunque la rama cruja.” De modo que cuando el almanaque se precipita en cascada y uno se asusta con tantos años a cuestas, hay que terminar con la reflexión -que me he hecho tantas veces- de que siempre es un poquito mejor seguir cumpliéndolos, a no cumplirlos.

Y por supuesto se va operando una cierta remodelación intelectual que algunos conocen elementalmente como la madurez, pero que otros, como yo, no pueden dejar de asimilar con el cuento que Borges tituló “El otro”, en que se encuentra, como en un sueño, en la banca de un parque, él mismo transformado en dos personajes con el mismo nombre. Solo que él ya tiene cerca de setenta años y ese otro es él mismo con solo veinte. Se forma un diálogo de reconocimiento de ambos; y al inicio del mismo, Borges el mayor le dice al menor: *“Mi sueño ha durado ya setenta años. Al fin y al cabo, al recordarse, no hay persona que no se encuentre consigo misma. Es lo que nos está pasando ahora, salvo que somos dos. ¿No querés saber algo de mi pasado, que es el porvenir que te espera?”*

Bueno, dentro de ese cambio -y conservándose la misma persona- puesto en ese lugar por orden del destino, escribo estos versos que son, básicamente, del recuerdo. Empero, allí están los elementos de la vida que he vivido y estoy

viviendo, dibujados con la luz irreal con la que miro y oigo al ruiseñor trinando invisible entre el ramaje de los árboles; y descubro además cómo, a pesar del invierno, puedo sentir el canto de la primavera. Y hasta ver a la “mina” del lunfardo argentino danzando entre nubes de humo, mientras escucho al bandoneón rompiendo la congoja, al violín instalando su alarido casi trágico y al piano volando como las hojas muertas de un amor perdido.

En este libro están, pues, mis nostalgias y los sueños vivificados que se esfumaron por los aires como esos años esquivos que hoy ya no existen. Y se que tampoco existen las épocas ni los personajes que los rodearon, como la mujer del metro en París. Es el mundo ilusorio y diferente de esas otras épocas, que, como en el sueño borgiano, de todos modos siguen girando en el recuerdo y serán siempre las mismas, dentro del ineludible destino fugaz de los seres humanos.

EL AUTOR

Lo que somos

Tal vez no fui lo que te dije
Ni lo que me dijiste.
Juntos fuimos lo que no nos dijimos.

Canto de primavera en invierno

Oí el trino de un ruiseñor
y solo ví su sombra...
...llovía y llovía en la montaña.

Los caminos tenían agua y tierra,
las piedras se desprendían
y el horizonte turbio
del invierno
dejaba ver la escarcha de la vida.

Tantos años que bordean mi existencia
solo dejaron un fanal
de recuerdos.

Pero el ruiseñor volvió a cantar
entre las ramas
y ví entonces las ramas florecidas.

Otro pájaro dejó oír su trino
y otra flor salió de la arboleda.
Era el preludio de la salida del sol
que iluminó las sombras grises
del invierno.

El agua de los caminos
se secó y quedó la tierra húmeda
para recibir la semilla
y bajo el cielo azul brillaron las nubes
blancas como una acuarela...

... La sombra del ruiseñor volvió a cantar
y bajo la fantasía de su canto
volvía a florecer la primavera.

El hombre y la vida

La vida no es dejar correr el tiempo
ni ver cómo se apagan los crepúsculos.
Hay que mirar la rosa y alrededor de ella
atisbar cómo revolotean las mariposas.

También hay que sentir los pájaros y el ritmo
de los vientos.
Ver el mar y palpar entre sus simas
la existencia gigante de lo vivo.

Bajo el color azul de todos los paisajes
observar cómo se levanta un arbolito y una flor
y una espiga de la tierra.

Soy un ser creado en la orilla de todos los abismos.
Nada me turba en el confín lejano
ni en el cercano punto donde habito.
Conozco el alfa y el omega,
el cero y el infinito. Pero todos los días me levanto
para aprender un poco del misterio sin fondo de estar vivo.

Un monstruo me devora: soy yo mismo.
Un ángel me rescata, soy yo mismo.

Si pasa el tiempo estoy creando el tiempo.
Y si el tiempo muere, otros han de llegar
sobre mis huellas. Soy un hombre
que sueña, que rompe el silencio
y que medita en la vida y en mí mismo.

Soy de greda como cualquier gusano,
pero puedo volar sobre los cielos y, a veces
puedo crear un mundo, que también soy yo mismo.

Siempre el mar

Una anémona me dice:
has llegado al reino celeste y húmedo
de la vida.

Con su color de sombra
de azules navegantes
y quiméricos viajes
y su entorno de peces infinitos
de algas de quelonios de esporas y aguamalas,
este es el mar sin brújula ni rumbo,
sin orillas,
que se esparce y se recoge
como un ciempiés
montado en olas grandes y pequeñas
que van y vienen entre arenas blancas y oscuras.

Y abre los caminos
y los hunde en naufragios.

Siento el agua bañarme por poros
y tristezas dormidas,
levantar mi nostalgia y amar la carne ardiente,
delirante,
extendida como una playa más
en los confines azules de unos ojos de fuego.

De unos senos de nácar
y unos muslos hambrientos
que se escabullen como danzantes delfines.

Navego por babor y estribor
en la tarde que muere.
El alcatraz reclina su vuelo
por la palmera en celo.
La gaviota se funde
entre nubes celestes y rosadas.

Entonces siento
que me llama el camino,
la noche abierta en luces lancinantes
y huyo..
...mientras dejo en la arena mis pies de caminante.

Canto de aniversario

Parece una mentira
te encontré caminando.

El camino era norte a sur,
después fue del sur hacia el norte.

Un rombo de luz,
una luciérnaga,
un avestruz,
un cuervo,
una cigüeña,
nos miraban.

Yo vi tu talle de sílfide
y entendí que allí estaban
mis sueños
y que el cristal de tu
cintura daría espacio a mis hijos.

Como un labriego te busqué en el surco
y un cometa dijo:
es el vuelo
de la corneja macho en busca de su nido.

Y todo fluyó en el frenético azar,
marcado por un viento
que quebró mi nostalgia,

creció mi ímpetu,
derribó el abismo,
sumergió el océano y puso
en delirio la noche.

Ah, he sido un navegante
del viento y del olvido.

También he descubierto
como un águila
el camino lejano.
Pero volví mis sueños a la altura
y allí estaban tus ojos
tus piernas y tu vientre.

Y me fui contigo
recorriendo las grietas del camino.

Todo dice que llegué al fulgor del ocaso
sintiendo junto a ti que la existencia
es siempre andar
buscando ese sendero hacia el norte.

Pero hoy se que pasados los años de mi vida,
hacia donde mire es el sur.

Quinta Avenida

Desde arriba y abajo
sobre el ensueño y la pena,
camino las calles altas
donde ninguno mira a nadie.

Solo fluye la luz como una sombra...
la pequeñez del hombre
y su grandeza.

El rostro que dibujo en mi mirada
brilla con un fuego
confuso ...
...un abrigo camina de negro.

Nada detiene el paso intermitente
de ojos que marchan grises con su hastío.

Nueva York de amaneceres negros
y noches siempre blancas.

De mujeres bellas
para las que no existo.

Valkirias y odaliscas
con mágicas cinturas
y bocas que se cruzan
sin sonrisa

en el camino
insomne de mi paso.

Perfume de asfalto ...
humo de los socavones del metro,
vértigo de mirar hacia arriba
soroche de mirar hacia abajo...

...un saxofón difumina la tristeza
de un negro..
mientras una mujer abre sus piernas largas.

Jazz que carcome como un lobo
hambriento la selva de cinturas
flexibles y bocas deshojadas.

New York donde mi presencia
se adormece al ritmo
de cabelleras rubias y morenas..

... de pechos ululantes
abiertos como flores
que se agitan
con su gélido aliento
al paso taciturno de mis pasos..

La mujer del metro

*París... que siempre
vale una misa.*

La cara presurosa,
las largas manos blancas.

Camina rítmica, abscóndita,
por el socavón.

Todos desfilan hacia el vértigo.

En el metro se siente más cerca
la entraña oscura y abisal de la vida..
... y de la muerte...

...cimbran las caderas en el carrusel...

...ojos que parpadean ambulatorios,
el entrecejo, el ritmo, el rictus.

Te veo delirante y apagada
como el diamante
oscuro de la noche.

Te adivino el corpiño
y la luz ausente de tu falda negra,
mujer del metro pálida y delgada.

Y yo sentado allí tan pequeñito
tan opaco en el fondo...
una mirada ausente en el silencio.

No hay danza,
todo es afán y fosco desafío.

Pero cuando te miré como un pez extraviado
volviste a mí tus ojos con el fulgor del agua..

y capté por un instante
tu aliento de magnolia en celo ...
mientras el perfume lejano se alejaba..

Un instante después, irremediamente,
nos perdimos por siempre
ambulando invisibles en la sombra .

Apocalipsis

Hay una huelga de hombres gritando
y gravitando en la avenida.
Su salario se evade en los sudores.

El bus recibe en su panza
a obreros de ojos tristes
y manos apagadas.

El hospital arde de fiebre
en corredores y camillas,
mientras la escuela tiritita con niños sin sonrisa
y las esquinas oscuras huelen a marihuana.

Suena en la noche el grito pavoroso
de un hombre que entrega la vida a puñaladas,
al tiempo que los ríos cargan en sus espaldas líquidas
muertos pálidos, fríos, sin huellas,
que también han perdido sus nombres.

Yo paso con mi angustia ardiendo de agonía
aunque son otros los que mueren.

Mi camino es corto, sin un viaje.
Me basta ver las casas destruidas
bajo la ira huracanada de una lluvia
o de un verano que estrangula al ganado
y a los pájaros mordidos por la sed.

Todo conduce a no creer en nada, porque
como dice Yupanqui, Dios no estaba allí.
Nadie lo vio calmando al río
ni soltar una lluvia en el verano.

Estamos terminando, ¿cuánto tiempo nos resta?
No importa, somos criaturas del dolor y la muerte.

Empero, esta noche quiero volver a ver tu cara,
sentir en tus palabras la ternura de un trino,
en tanto siento a tu lado un mundo que renace
cuando beso tu boca...

Y estoy feliz mientras te escribo un verso.

Circe la maga

Hija de Helios y Perseys, soberana del mar
y de los sueños.
Bella mujer
de cabellera rubia
y cuerpo de seda elástico
de lúbricos contornos.

Cómo sería tu boca
de alumbrados misterios
y el ritmo de tus piernas
danzando en las alcobas.

Me siento Ulises
desafiando tu magia,
pero entregado al culto sagrado
de tus besos.

Circe, que daría mi vida
por besarte.
Maga de los hechizos hechizados.

Eres mi sueño ardiente
cómo el símbolo
anhelante
de mágicas quimeras
que rompen la atadura con lo humano.

La vieja canción

Es como un timbre
que llama los recuerdos...
me somete a vivir los tiempos idos
y me abre el horizonte de los nuevos.

!Ah la vieja canción
de mis morriñas!,
cuan fugaz fue la vida
y cuan fuerte ese amor
que navega con ritmo de bolero.

Sí, era yo el que danzaba
con los viejos amores que se fueron,
pero aun siento el vino de la tierra
moldeando la ebriedad de mis nostalgias.

Mi destino

El puente del camino,
los jardines
que abren su soledad sobre la tierra,
aves de siluetas invisibles que
solo dejan entrever su canto
entre las sombras verdes de los árboles.

Allí ambulo
con mi paso tardo.
Comprendo que estoy solo,
que hago parte del silencio
del paisaje.

Pero los animales me vigilan
desde sus atalayas de ojos diminutos.

Todos sienten llegar un gran peligro.
El hombre lleva armas
y derriba montañas
y enrarece
la vida.

Empero,
yo camino con mi nostalgia
a cuestras
y mi tristeza de árbol,
midiendo con espanto el misterio
implacable de mi ambiguo destino.

El barón de Nuquí

*A Gabriel Ruiz,
navegante de mares y crepúsculos*

Montado en potrillo de un solo velamen
navegante de océanos recónditos
y noches quejumbrosas
el boga encuentra a otro caballero de la noche
que no necesita identificación.

Se ha subido a su bote
en plena mar,
y mientras enciende con un débil candil su cigarro sin
humo,
le espeta con confianza: “Amigo, cómo anda la pesca?”

El navegante reconoce al Riviel, y venciendo su miedo
le responde:
“ mi pesca es de luceros y estrellas,
amo el mar y sus olas oscuras,
mientras siento el viento danzando entre palmeras
y se que en su fondo salobre está la vida más que la muerte”.

El Riviel intentó dar una bocanada a su cigarro sin humo,
miró las olas en su danza perenne y solo agregó:
Tu eres el Barón de Nuquí, te conozco y puedes seguir
navegando
entre luceros rojos y mantarrayas azules.

Y el potrillo siguió con su Barón a bordo
dejando un rastro de luz en los esteros.

Miranda-Abril cumple diecinueve años

Niña que abres en flor,
primavera en azul con rojos surcos.
Tu delicada mano y tus ojos de almendras
descubren el paisaje de la vida:
ven la belleza rubia de lo bueno
y la horrible presencia de lo malo.

Que no daría yo por preservarte
del asedio de todos los peligros,
por darte la alegría de las dalias
y el canto tibio de todos los canarios,
bajo el sueño de un mundo azul y rosa.

Niña del abanico de colores
que amas los ojos tiernos de los seres vivientes
y fulguras un canto de armonías
en las horas sin fin de tu alegría.

¿En que momento dejaste de ser
la niña de juegos infantiles
para tornarte en la doncella de dorados espejos?
Hoy te alumbran diecinueve estrellitas
y un cielo abierto de constelaciones.

Y un amor que vendrá yo no sé cuándo.

Antecedente del siguiente poema

Mensaje desde Santa Marta a Gabriel Ruiz y María Isabel Casas:

Estoy, con mi familia, en un hotel muy bello de Santa Marta, Costa Azul, cerca del aeropuerto. La playa es amplia y hermosa. Pero el mar tiene un color petróleo, casi negro. A un kilómetro se ve el nuevo puerto donde se embarca el carbón de la Drummond, y al frente, en un largo círculo, casi infinito, se observan las barcazas, una tras otra, que quedaron allí de modo permanente como un monumento desafiante de la explotación y la entrega de los sucesivos gobiernos que han permitido este crimen alevoso. El mar, por supuesto, se ha muerto. Escribí con dolor e ira el poema que les envíé con el título de *El Mar Envenenado*.

El mar envenenado

*A Santa Marta que sintió la última mirada de Bolívar
sobre su mar de ensueño y esperanza.*

Te fue estrechando más
la mano negra.
Negra como las entrañas de las brujas,
y como los agujeros del espacio
que matan estrangulando todo lo que vive.

Tus olas de plata y el reverbero azul
de brillo jubiloso, sobre un mundo
de hadas y delfines, se fueron marchitando
bajo la asfixia que te imprimía
esa mano negra de negociantes
que vendieron la luz y el aire y les quedó faltando.

Te veo oh mar, vencido por las tortuosidades de la muerte,
como el dolor de un niño extraviado
o de un perro que no encuentra a su amo.

Sí, esa mano negra, como el carbón,
te fue apretando más la garganta,
oh mar estrangulado de Santa Marta,
que antes brillabas en la mirada doliente de Bolívar
y viste el desfile de todas las anémonas, los cangrejos y los
lebranches
en los ilusorios atardeceres que se repetían cuando
amanecía,

ante unas palmeras de efluvio
y los vuelos ansiosos de los alcatraces,
hoy desaparecidos de una rada de espanto
gris, casi negra, como arrastrando la maldición de los
malditos.

Ricos, con sus trajes negros, saltando entre restaurantes de
lujo
y el afán de las acciones, aquellos que te oprimen no
piensan en ti,
ni en el azul de mar que antes tuviste
mientras se desgajaban tus corales en las tardes.
No miran tu paisaje doliente, ni tus playas manchadas de
negro.
Reciben unos números sin vida, sin marco y sin destino
mientras enfrían la sopa de verduras.

Historia de un poema al gallo

La historia de este poema comienza con un poema del brasileño Ferreira Gullar que me envió el poeta Alvarado Tenorio sobre el gallo. En ese poema hermoso muere el gallo bajo el hacha de un cocinero cualquiera. Entonces le escribí una nota a Alvarado y anexo mi poema al gallo de colores. Veamos la nota y el poema:

Mi apreciado Harold:

Me llegó hondo tu comentario sobre Ferreira Gullar, el poeta brasileiro candidato al premio Nobel. Debo repetirte que es asombroso tu conocimiento del mundo literario. Porque aun aquellos que en un lejano aislamiento hacen su quehacer, salen a relucir en los medios modernos de comunicación gracias a tu inquietud. A tu no descanso, a tu entrega a ese universo.

Muchos en estas épocas se han vuelto tus enemigos, y bien correspondidos que están, con el mazo que blandes en la pelea. En esas lides, por supuesto, no me meto. Son tus peleas y las de los otros, seguramente amigos míos todos. Pero lo que sí no es elemento querellable es tu vasta erudición y tu conocimiento de los movimientos nuevos y de los hombres que va dando la tierra en los distintos lugares, para el mantenimiento perenne de la poesía y la literatura. En ese punto te hago una reverencia sincera y me alegra ser tu amigo.

El poema de Ferreira al Gallo me parece una obra magistral en todo sentido. Las pinceladas breves con las que describe al imponente animal, su pinta arrogante, su plumaje de seda y de luz, su pico enhiesto, su cresta coronada como los cascos de los viejos guerreros homéricos, sus espuelas ardientes y sobre todo su canto de clarín anunciando el día nuevo. Esos realmente son hermosos versos. Porque, de esa pintura breve y exacta, comprendida en su factura maestra, finalmente el gallo, sin comprender la dura realidad que enfrenta, debe padecer el hacha sobre su llamativo y elegante cuello de ave. Y de nada sirven ni la claridad de su grito, ni los destellos del alba, ni la orfandad en que queda el patio.

Es el destino injusto que nos lleva a matar, no solo al hombre, sino a los demás individuos de la creación. Tu amigo, ARMANDO BARONA MESA.

Mi gallo de colores

Tengo un espacio abierto
entre rosas y agua que corre
cristalina en la montaña.

Allí tengo mi casa blanca
que se sumerge en bancos de neblina
y un gallinero y libros y un buen vino.

La noche es fría
mi compañera dulce
y bajo el silencio de la madrugada
suena el clarín agudo
del gallo de colores.

Es mi gallo
lo veo en la mañana
con sus flecos rosados y rojos
azules y grises,
crespos y suaves.

Camina lento y elegante
por todo el gallinero,
su cresta roja se dobla
al desgaire.

Sus ojos claros,
vivaces orgullosos.

Grande su tamaño
y se desplaza como un monarca
de espuelas relucientes.

Me mira con desprecio
y de un momento a otro
levanta la cabeza,
su pico se abre
y el clarín se oye
recio sonoro agudo
como un tenor dando
su do de pecho.

Y yo digo
puedes despreciarme,
pero bajo palabra
tan viril como tu canto,
te doy la garantía
de que morirás
en tu cama y yo en la mía.

Un tango, una copa y la mina

Un tango suena
con su acorde de sonos,
un remilgo de violines, piano, guitarra, bandoneones
y el compás grave y sordo del contrabajo.

La Mina baila...
...con cadencia sexual mueve su seno,
su cintura derrite las miradas..

!Ah esas piernas torneadas!
saliendo de la falda
lascivas, sensuales, trágicas,
hechizadas, bajo el compás
de quiebres y requiebros.

Un paso atrás otro adelante,
canyengue en la cadera y en el todo,
vuelta dramática
entre remolinos y saudades.

Se avivan todos los recuerdos
propios o prestados, no importa.

Entonces el propio aire inquieto bebe mi vino
y danza,
danza también
entorno de la lámpara.

El maestro

Al maestro

Ernesto Saa Velasco

Ernesto Saa por siempre,
con su cara de niño
asustada y traviesa.

Buscando en las estrellas
el corazón del hombre,
la súplica sonora
de un sol de hechizos ocres
que huracanado enciende
la luz de la montaña.

El libro que agoniza
en las noches del búho,
la lámpara agitada
con vértigo de abismo.

Ah el silencio que se escucha
detrás de los balcones.
Y allí está tu mirada
entre triste y alegre.

Ernesto Saa cultivador
de rosas y de ensueños.
Maestro de las cosas sencillas,
pero sublime artífice
de un hombre casi nuevo.

Te entrego estremecido
mi voz de compañero
para evocar tu nombre
de cristal y de bronce.

Porque eres tú, el Ernesto
de los ríos que pasan,
del agua entre las manos,
la arcilla, el carbonero.

El que ya no camina
por los huertos y ha dejado las calles,
pero cuya silueta de barro,
igual que una cometa,
boga entre luceros.

Los tres minutos de un poeta que sueña

A Elmo Valencia, poeta de la nada,
al que para vivir no le es necesario
más de tres minutos de sol, que ya son noventa años.*

Tres minutos de sol me bastan para vivir la vida.
A la mañana, cuando canta el gallo con su clarín de luces.
Al medio día, cuando salgo a la calle
entre un bazar de olores,
claxones,
alaridos perdidos
y voces que viajan como nubes sonámbulas.

Reina un enjambre de seres perdidos
que se deslizan sobre el filo de una navaja.
Pero estoy vivo igual que un águila o un alacrán,
o una sanguijuela.

Son tres minutos de vida y de muerte que se evaden.
Me niego a fallecer bajo el acoso de un sol calcinante,
o de una noche sin búhos ni cornejas.

Si, con tres minutos de sol basta
para recorrer ese camino ardiente
de las mismas fatigas,
donde los andamios se inclinan al abismo

*Elmo Valencia murió en la madrugada del 14 de septiembre en el asilo San Miguel de Cali.

y la voz sucumbe entre primaveras de asfalto.
Pero la alegría me inunda cuando disfruto mis
tres minutos de sol.

Amo los crepúsculos,
amo el vino que fulge como un talismán
detrás de la noche embrujada. Me embriago
como un jinete abrupto y solitario.

Pero distancio mis quebrantos de todo lo que existe
y recorro el círculo fatal de mis venas dormidas.
Las veo tan frágiles al empuje de un arma cualquiera.

Ah, esos tres minutos de sol
y el canto egregio del gallo,
buscando entre la noche el brillo de la madrugada,
me devuelven la vida sin naufragios.

Entonces puedo hablar
de mis pesares que son dicha.

Y de la enorme alegría de estar vivo
para soñar un solo instante
con aquella que hoy solo es
un recuerdo tendido en el olvido.

Música y olvido

La música me atrae como un pulpo.
Me devora en sus tentáculos,
me ahoga.

No siento el ser,
ni siquiera un suspiro.

Un recuerdo del mar
me confunde como si fuera un pez.
O un navegante.

O alguien que sucumbe,
bajo el acorde insomne de un blue o un son,
a las rubias sirenas del pasado.

Esfinge de las noches

Sí, soy un ave nocturna
de ojos abiertos, piel de erizo y
oídos a la música como los de las cobras hechizadas.

Viene entonces la mención de un nombre
que fulge en mi mente como un recuerdo vivo.
Y así te veo danzante
en los rincones,
igual a una esfinge de senos nacarados.

Hay besos que te buscan
y cuerpos lascivos que tiemblan de deseos.
Te veo incierta, entre la música que embriaga
y hundo mis miembros húmedos en tu regazo de algas.

Son fantasmas nictálopes
que huyen y regresan.

Pero como una pena atada a mi tobillo,
te sigo viendo igual bajo la música,
todos los días con mi congoja a cuestas.

La muerte de la doncella

*A mi amigo Armando Holguín y a su esposa Norma,
in memoriam de Ana María.*

Entra el sol por oriente
y se alejan las sombras.
El cuarto doblega
sobre un ambiente aciago
el dolor reprimido.

Los ojos de la doncella, transparentes de luz,
casi dormidos, enmarcan
el silencio de todos, mientras
sus manos blancas declinan
el misterio en el vuelo del ave.

Su boca, ah su boca, entreabierta,
muestra las perlas de su aliento de ángel
que abren un horizonte de rosas y jazmines.

La doncella se muere
en la luz de la tarde.
La doncella se muere entre arboles
y árboles, como si no existiera el día
y fuere siempre noche.

Ah, la doncella muere.
Que todo el mundo grite
su grito apuñalado

y entone un canto lúgubre de cisne moribundo
sobre la tarde aciaga que detuvo su risa,
que acabó con sus sueños,
con su voz y su aliento.

Y que el dolor sin tregua que nos hunde
en abismos, solo tenga sosiego
bajo el soplo celeste
de un arpegio de Brahms o de Beethoven.

El amor y los silencios

Si solo eran veintidós años
-los tuyos eran diecisiete-...
...y aquel diciembre me uní a ti
como se une un albatros a la tarde de seda.

Fuimos entonces labriegos del destino.
Tu sonrisa abría los días
y a la tarde tus besos colmaban mi fatiga.

Cuántas horas se iban
viendo crecer tu seno
y abrirse el horizonte de tu talle
donde un hijo gritaba
su presencia.

Amor, fuiste conmigo
a las encrucijadas de los días abiertos y cerrados.
Amor que recorriste las sombras,
que me viste llorar y reír
y que lleno de angustia,
en ti sentía el aliento
de la fuente Castalia.

Amor, amor de todos mis silencios,
amor de mis palabras y mis sueños.
Amor, te sigo amando con mis veintidos años
fundidos a los tuyos para siempre.

Philippe y Juliana

*A Philippe y a Juliana
portando sus cenizas*

Bajo este cielo azul, Philippe, y estas gaviotas
traigo tu cuerpo en polvo, como arena.
Tengo tus sueños y tu risa ardiente
en el fondo de todos mis fantasmas.

Fuimos como la fantasía de la noche
y ardimos en el día como una lámpara,
mientras todo fluía igual que un río
que ha vuelto al mar febril de mis saudades

Philippe, amor, vengo contigo
a recorrer la playa
y a ver al mar tendido de agonía.
Allá van tus cenizas como un sol de recuerdos
y mi mirada náufraga danzando entre las olas.

Hermanas

Nací entre cinco hermanas,
fueron distintas casas y ciudades
y, por ser el segundo, cuando nacieron
las cuatro últimas, ví a mi madre
curvada sobre el lecho, su seno,
que ya había conocido,
abierto como un manantial
de vida burbujeante.

El padre tenía risa, cantaba y daba alegría
al verlo venir entre las calles.
Era la época en que todos caminábamos
y el mundo giraba paralelo a lo simple,
sin computadores ni aviones,
ni fenómenos de veranos o inviernos
amenazando el fin del agua
y de la vida.

Los vecinos eran nuestros amigos
y la gente se conocía en el barrio
y en la ciudad visible.

Mis cuatro hermanas últimas
se fueron
por las ramas del viento,
mientras mi madre y mi padre
dejaron su pañuelo de viaje

entre las nubes.

Hoy, solo como un marinero
de recuerdos, levo el ancla
y me escapo por los mares azules y salobres
de un sueño que dibuja
el camino sin fin de las saudades.

Mi madre como el viento

Madre lejana
te veo como el viento.
Tu voz igual al viento
rozando tiernamente
los cristales
con tu mirada clara
como gotas de lluvia.

Siento un susurro suave
viajando sobre el viento
y oigo tu risa etérea
y tus palabras blancas
que saben a niñez,
a campo
y nubes
y árboles
y flores.

Estas clara en las estaciones
de mi vida.
Entonces eras como una lámpara.
Mas para verte ahora
debo apagar la luz.

Siento el viento cantando
y el rumor de la lluvia
como una sinfonía
de campanas.
Los tulipanes brotan
en el aire
y se que están naciendo
alondras en el lecho del río.

Rosas del aroma de tu memoria
oigo la queja azul de los rosales,
siento los pasos suaves de la luna
en tanto veo el mar,
asido de tu mano.

La muerte al día

Anoche mataron a don Arturo.
Por los caminos corren despavoridos
su ángel de la guarda y su caballo.

Mataron también a don Luis
y a Anselmo su hijo.
Gonzalo el constructor
vió caer de un gajo su cabeza.
y no quedaron agapantos en la ruta
ni nubes ni siemprevivas
en el sendero rojo.

La sangre, como los muertos, no camina
se empoza entre las piedras y los árboles.
Cuántos gritos sin nombre
por un balde de sangre.

Pero ¡ah!, la sangre no es roja
pierde su brillo rápido
y solo queda una mancha ocre.
Mas, penetra el aire
y aniega la tierra como el agua.

Hace ocho días dieron muerte
a veinte campesinos color de leña.
Los mataron boca abajo
para que nadie viera sus caras terrosas.

Es hora de las sombras
en que se parten las cinturas
como cañas y se desarticulan
los labios para que no vuelvan
a decir palabras.

No hay sílabas de amor
en la crucifixión de las miradas.

Masacre que desgrana
el maíz de los surcos,
degüella las dalias,
tritura las rosas
y rebana el silencio
de las bocas.
Bestias de furia aciaga,
cuervos del exterminio,
cada tumba que abren
sobre el pozo de vómitos sangrientos,
la sepultan en el polvo
de su olvido,
en la ceniza ardiente
de su odio,
en el mortecino rencor
de sus orejas
y en ese infierno propio de sus almas.

Este amigo en el alma

*Para el médico Adolfo Vera Delgado,
poeta de la vida.*

Amigo, como el cauce de un río
que avanza
en el misterio
de lo que está adelante.
Amigo transparente que entregas tu cauce y tu río
y ese misterio de lo que aún no llega.

Has sentido mi pulso débil,
mis desmayos, mis miedos a la muerte,
mis miedos a la vida.
Allí estabas con tu bata blanca
sintiendo mis encrucijadas
y dándome una flor
como si el jardín abriera su rosal
únicamente para mí.

Amigo que conocimos juntos
la música de la alegría,
la del abandono y la del olvido.
Que vibramos en la misma onda
en el estrecho mundo
de las dudas, de las crudezas y de los hastíos.
Pero levantamos por siempre
la mirada en busca de la buena esperanza y

de un horizonte sin límites
igual al de las nubes que se abren
en la lluvia, o como los
marineros intrépidos después del cataclismo.

Oh, mi buen amigo y compañero,
que has trajinado el soplo de la luz
venciendo las tinieblas,
pero has sentido igual tu hora de tinieblas.

Déjame unirme a tu poemario de las desolaciones
y declararte, como el hombre
que soy igual que tú,
que todos los días y
a cada hora, entre risas y llantos, estamos creando
una torre de sueños y quimeras.

Cachorrito blanco

*A un perrito boxer albino,
niño como mi niña Mimi.*

Cachorrito blanco,
elástico, pecoso,
la boca prognática,
saliente la mandíbula baja.

Recuerdo con dolor
tu dolor cuando te cortaron,
como Alcibíades a su perro,
la cola larga
y las orejas sueltas, desgarbadas.

Aun sé que piensas
que te van a mutilar
de nuevo cuando te obligan
a dar un paseo
y tiembles.

Cachorrito blanco
de ojos saltones.
Y de piernas saltonas.
Eres un niño más
en el mundo
del nunca jamás.

Cachorrito blanco
al que mi niña Mimi
le dice en su idioma
"Is a great baby,
all that he is,
is a tall, crazy kiutt
white thing".

Todo te lo comes.
Siempre estás mordiendo
una cosa diferente.

A todos lames,
todo el tiempo jugando,
como mi niña Mimi.

Cachorrito blanco,
de ojos saltones.
Nada más existe
que el amor y el juego.

Hambre, violencia y paz

Ensayo presentado en el marco del Encuentro Anual
Confraternidad Médica Nacional, Fundación Humanismo
y Medicina (Hunger and Violence and Peace)
In the framework of the annual meeting of National
Medical Fraternity.

Cuando dormía el misántropo Erisictón, quien había ofendido a Deméter, la noble diosa que daba de comer a los humanos al derribar despiadado un hermoso roble consagrado a su culto, llegó, a llamado de la deidad, Limos –el Hambre–, hija de Eris la diosa de la discordia. Era una mujer escuálida y encorvada, además perversa como su madre. Vio al avaro y rico Erisictón y entre los soplos de un ronquido, lo penetró en un beso tan profundo, que bajó hasta el estómago y los intestinos, en los que dejó para siempre la marca del hambre. Luego salió satisfecha y regresó a su oscuro lugar de origen. Cuando Erisictón despertó, un hambre insaciable lo perseguía. Se comió entonces toda la comida de su despensa y, no habiendo más, en forma compulsiva fue en busca de otros lugares en los que agotó su fortuna comprando alimentos. Cuando ya no tuvo más bienes, se comió las basuras de todos los sitios a los que llegaba y, finalmente, terminó devorándose a sí mismo.

Igual tormento padeció en la torre pisana de Muda el conde de Donorático Ugolino el güelfo, condenado a morir de hambre con sus hijos por sus traiciones en las contiendas de güelfos y gibelinos. Estando en la celda desesperado por la

inanición, conmovidos los hijos lo invitaron a comer de sus carnes para que sobreviviera. Y Ugolino las comió.

Hay un personaje, protagonista principal de la novela «Hambre» del escandinavo Knut Hamsun, premio Nóbel de 1920, que vivía agobiado por la falta de alimentos. Era un escritor sin trabajo que de vez en cuando lograba vender al periódico local algunas cuartillas, con lo que compraba comida, que repartía a los demás hambrientos. Caritativo como era, empeñaba hasta el chaleco para atender las necesidades de otros. Este hombre en el delirio de las horas famélicas en noches interminables, veía sus dedos como provocativas salchichas y los mordía con gran avidez.

En los tres pasajes anteriores, son la mitología y la literatura las que se acercan al fenómeno del hambre como un drama que ultraja y aniquila al ser humano. Es tan doloroso su impacto, que se puede pensar que la felicidad llega a ser un pedazo de pan para el que no ha comido en tres días. Tal vez por eso un gobernante que quiera ser atinado en el manejo de su misión, debe comenzar por dotar a su pueblo de las tres comidas diarias reglamentarias, que hasta se podrían reducir a dos, e incluso a una, pero no desaparecer por completo.

Limos, por supuesto, sigue siendo el mayor símbolo de la perfidia. Se solaza con especial deleite después de que su madre, Eris, siembra la discordia y llega la guerra, que deja tantos cuadros de dolor, con cuerpos afilados y miradas perdidas en la desesperanza. Esos que uno advierte en las fotografías de las negritudes abandonadas del continente africano, o en lo que fueron los pavorosos pogromos contra los judíos del Este de Europa, o el amargo recuerdo de los

campos de concentración de los nazis. En fin, en las grandes hambrunas que ha vivido la humanidad.

Un sentido altruista de la vida rechaza la visión aturdidora de los niños ventrudos, de ojos impávidos y la piel pegada a los huesos, que con tanta frecuencia provienen de esa África convulsionada y bárbara. Esa niñez expósita, sin cuidado alguno ni alimento, que gráficamente pintaba en su poema *La Renuncia* el poeta venezolano Andrés Eloy Blanco «con los ojos estáticos y las manos vacías, que estampan su renuncia soplando en los cristales de los escaparates de las confiterías».

El hambre fue siempre un gran azote para el hombre en todas las sociedades. Desde las gélidas noches de la caverna y las tormentosas nieves de los días lejanos, cuando no podía cazar ni pescar, y en medio del hambre avizoraba su destino detrás de una lanza de piedra pulida con sus uñas. Y fue con ella, cuando la tuvo, que salió en pos de la fiera para cazarla en una lucha desventajosa en la que lo único que le daba aliento y esperanza era la inteligencia que le permitía superar en sus lances a la bestia, armada de defensas naturales superiores.

Y así, cuando triunfaba, podía saciarse durante varios días, pero fue previsor y conservó el alimento para las privaciones de las jornadas en blanco. Descubrió la sal, y la mano bienhechora de Prometeo le entregó el fuego sagrado para calentarse y sazonar las carnes, que antes comió crudas a dentelladas.

No hay duda que ha sido hermosa la jornada de los humanos, movida por el eco de la condena bíblica de «ganarás el pan con el sudor de tu frente». Ese sudor y su esfuerzo lo

templaron para las dificultades, y le enseñaron a vencerlas y a superarse. Y cuando vencía y progresaba, una fuerza superior lo empujaba en su camino, al tiempo que, lejos de declararse satisfecho, por la ambición nunca saciada, fue de manera constante más lejos en el horizonte. Y fundó civilizaciones, creó imperios, ciudades increíbles de jardines colgantes en medio del desierto o torres que desafiaban las montañas. Supo descubrir la palanca y con ella emprender la canalización de los ríos, el movimiento de las cordilleras y la rueda. Aun el mar cedió su magnificante poderío a la portentosa grúa o a los navíos con los que desafiaba sus hondas simas y el furor de los vientos y las olas desatadas por los terribles dioses tutelares.

Asombra mirar atrás el camino recorrido por nosotros los humanos, desde las cuevas de Altamira y la Araña. Porque con débiles pies erguidos recorrimos todos los espacios de una geografía gigantesca que fue quedando pequeña, y convertimos en realidad un sueño de grandeza sin par que nos permitió volar y posteriormente hollar la fría superficie de los astros. A pesar de su pequeñez y fragilidad, el hombre descubrió la energía de los cuerpos inertes y alumbró la noche con destellos arrancados a los dioses. Siempre estuvo evolucionando hacia una tecnología que llegó a superar su propio cerebro, y que torna imprevisible calcular, con lo que tenemos hoy, lo que habremos de tener mañana, en un futuro que comienza a revelarse con su asombrosa carga de descubrimientos.

Hay motivos más que sobrados para creer que el destino de los hombres siempre será mejor. O algo más explícito: toda época posterior ha sido mejor que la anterior.

Empero, más allá de las vistosidades del progreso incesante, se pueden atisbar, como una constante, las hazañas criminales de los hombres. Su capacidad de dar muerte, que aprendió desde los días de su lucha titánica en la cacería, y el enfrentamiento con otros hombres por el territorio y la supervivencia. Saciado ya su apetito para lo cual mataba, daba muerte para satisfacer otro apetito más apremiante: el de sentirse superior a sus víctimas. Y así como para poder danzar tuvo que inventar la música, para poder matar inventó la guerra de conquista; y fue creando unas herramientas de mayor poder y agresividad: las armas cada vez más sofisticadas y mortíferas.

Después de la desolación de la muerte y el incendio que dejó a su paso, dominó con humillaciones a los pueblos vencidos, conculcó sus tierras, vejó y violó a sus mujeres y se sació de sangre y dolor. Creó entonces la esclavitud. ¿Por qué?

Por aquello que Freud llamaba la pulsión de la muerte y de la destrucción, que corre ligada a la pulsión sexual. Por la una destruye y mata atendiendo una compulsión primitiva y violenta. Por la segunda ama para conservar, por otra compulsión primitiva y atávica, la vida humana. «El ser viviente protege en cierta manera su propia vida destruyendo la vida ajena», anota el padre del psicoanálisis. En otras palabras, podría decirse que el ser humano necesitó matar a sus semejantes, y lo hizo glorificándose con ello, porque a eso lo condujo un instinto supremo.

El criminólogo alemán Hans Von Hentig¹ esquematizó la compulsión homicida del ser humano a través de la historia;

1. Estudios de psicología criminal

y dijo que el hombre llega al asesinato por tres grandes motivos: por el poder, por la pasión y por el botín. Es exacto. Allí cabe toda la expresión de la violencia suprema que puede ejercer, reflejada en el asesinato y el genocidio. Mata el hombre por la subyugante pasión del poder, que es una concupiscencia tan incontenible, que va más allá del afecto de un padre por su hijo y viceversa. Madres que dieron muerte a sus hijos solo para satisfacer el ansia de gobernar. Es la libido del poder.

Mata también por un impulso emocional, que rápidamente se transforma en odio e irrumpe como un vendaval que arrasa las inhibiciones de la psiquis. Son fuerzas desatadas compulsivamente. Ese es el crimen pasional, o el que sucede por la exacerbación de un sentimiento que puede ser religioso, político, sexual y hasta deportivo.

E igualmente da muerte a otros por la libido de la codicia que obnubila y obsesiona.

Pero naturalmente hay otra gran categoría criminógena que altera el comportamiento con actos de anormalidad psíquica. Se trata ordinariamente de un estímulo distorsionado, animado de alucinaciones o situaciones contrarias a la realidad, o de una tendencia insuperable a cometer el hecho de sangre, con atrofia del mundo del afecto, que es la impulsividad que se da en el sociópata. Es así que el esquizofrénico, por ejemplo, anormalmente mata porque cree que está siendo perseguido por un victimario imaginario, que al final resulta ser la víctima. O mata compulsivamente el asesino en serie y no puede detenerse.

Como última categoría del impulso homicida se encuentra el estado de necesidad. Tiene un poder exonerativo tan grande, que los juristas de todos los tiempos han considerado ajeno a la responsabilidad penal a todo aquel que dentro de sus moldes obre contra la vida ajena atendiendo a un deber primario de subsistencia propia, siempre y cuando ese estado apremiante no haya sido causado por su propia conducta. Y puede matar o herir sin que esos actos merezcan el reproche penal.

En otros términos, en todas las legislaciones del mundo civilizado el hombre puede matar justificadamente en un estado de necesidad por el imperativo superior de salvar su propia vida.

Ahora, pregunto, ¿podría darse alguna situación más dramática dentro del estado de necesidad que la que produce el hambre? Pero, ¿qué es al fin y al cabo el hambre? Es preciso contestar que, obviamente es la negación del alimento. Es saber que las entrañas, por un fenómeno de cenestesia, reclaman con espasmo que se les de nutrición. La muerte del hambriento es paulatina y acuciante en los primeros días. Luego soporífera y desesperanzadora. Se cae en una especie de letargo conformista que humilla, mientras se consumen en un esfuerzo interior e inconsciente las propias energías, las carnes y aun la sangre. Nada hay capaz de doblegar con mayor injuria al hombre que la fase final del hambre.

De ahí que en el hambriento, en su primera reacción natural, se conjugan varias actitudes simultáneas: se agita curiosamente el deseo sexual -la pulsión sexual- en procura inconsciente de preservar la especie amenazada. Luego se agiganta el odio contra la naturaleza y aun contra los dioses

despiadados. Y por supuesto, contra los poderosos que lo tienen todo en ese odioso contraste con el que carece hasta de un pan.

Y es en esas circunstancias cuando sobreviene la revolución de los miserables hambrientos del ghetto de Varsovia, o de la legendaria Corte de los Milagros de París. Porque el ser humano así tratado se transforma, como el doctor Jekyll, en «Mr. Hide».

¿Quién podría negar entonces que se desata esa capacidad destructora y homicida dentro de un claro estado de necesidad?

Al fondo de todas las guerras, bien al comienzo o al final de nuestra historia, siempre apareció el fantasma del hambre. En las guerras de conquista, la más humillante de las cuales fue la de América, hubo hambre asociada con humillación. Y este agravio se mantuvo por la fuerza. Entonces el ser afligido sintió desfallecer aun sus creencias en los dioses, que habían fallado, sin que nadie acudiera a proteger a ese aborígen expoliado y humillado.

Por supuesto esa rabia no cesó nunca. Se masculló, como lo anota Waldo Frank en su memorable libro «América hispana», con silente rencor, y en el momento menos esperado fluyó incesante y brutal, pero justificada por la acumulación de un estado perpetuo de necesidad.

Fue perennemente la revolución del oprimido, del ofendido por el escarnio y la discriminación, pero especialmente de aquello que llamara Ingrid Betancourt la «rabia en el corazón». El indio famélico y el negro, excluidos del banquete

de los ricos y privilegiados, han estallado muchas veces y volverán a estallar, porque la rabia les alcanza para matar a sus opresores y algo más. Y allí, sin duda, más allá del estado de necesidad que se da con creces, lo que se pregona es aquel derecho ciudadano de la Revolución Francesa de resistencia a la opresión.

Al finalizar la primera gran conflagración mundial, la Sociedad de las Naciones, obedeciendo al deseo de los diferentes países que la integraron de no volver a repetir una ordalía tan sangrienta, resolvió enviarle una carta a Albert Einstein para que él buscara a algunos sabios que estudiaran la condición del hombre y la posibilidad de que no volvieran a repetir la gran guerra. Einstein a su vez, con una carta suya que es compendio de sabiduría humana, remitió el asunto a Sigmund Freud pidiéndole su opinión. Éste contestó en una luminosa carta fechada en septiembre de 1932, siete años antes de que estallara la pavorosa segunda Guerra mundial.

En verdad que es difícil encontrar en el siglo XX un documento más lúcido que el del austriaco, conocedor profundo del ser humano y de la historia. Comienza él por exponer la tesis de que, por una extraña paradoja, el derecho, es decir la ley y la organización de un estado civilizado, es un fruto directo de la violencia. Si no hubiere existido ésta, tampoco habría tenido lugar la creación de ese ente que gobierna a los pueblos y a cuya existencia los asociados entregan una parte de su libertad.

Pero además tampoco podría existir el derecho como una entidad de poder, ni la administración de justicia, si careciere de los instrumentos de imposición de las normas y las

sentencias por la fuerza y la violencia si fuere necesaria. Para tales menesteres debe existir muy bien dotada la fuerza pública. Ese es un axioma indiscutible.

Y se podría agregar que la violencia vuelve a tener imperio cuando el estado ha perdido la fuerza para reprimirla. En tal caso el derecho cede su espacio a la ley del malvado, más fuerte, que es más o menos lo que acontece con los desafueros de la guerrilla en Colombia, cuando la mano armada del gobierno solo alcanza, en una mínima parte, a sancionar el secuestro, el narcotráfico y los ataques terroristas. Por eso precisamente existen.

En la aludida carta expone el padre del psicoanálisis: «... una ojeada a la historia de la humanidad nos muestra una serie interrumpida de conflictos entre una comunidad y otra u otras, entre conglomerados mayores o menores, entre ciudades, comarcas, tribus, pueblos, imperios, conflictos que casi invariablemente fueron decididos por el cotejo bélico de las respectivas fuerzas. Semejantes guerras conducen al expolio o al completo sometimiento, a la conquista de una de las partes contendientes». Y agrega con fina perspicacia: «Aunque parezca paradójico, es preciso reconocer que la guerra bien podría ser un recurso apropiado para establecer la anhelada paz eterna».

Tesis igual sostuvo Julián Marías² muchos años después al calcular, como ha resultado cierto, que la utilización de la bomba atómica que decidió el segundo gran conflicto mundial, por su siniestro poder destructivo haría imposible la repetición de otra gran guerra de ese mismo tipo, así se mantuvieran vigentes los conflictos internos de los países o los bilaterales. Es decir, que el poder disuasivo de las armas

2. Las guerras de la postguerra

puede servir para mantener un orden internacional y darle imperio al derecho.

Al penetrar en el meollo del ser humano y en su tendencia a la guerra, plantea Freud hacia un futuro pacifista el desenvolvimiento de un proceso cultural. Y remata con estas iluminadas palabras: *«¿Cuánto debemos esperar hasta que también los demás se tornen pacifistas? Es difícil decirlo, pero quizá la esperanza de que la influencia de estos dos factores -la actitud cultural y el fundado temor a las consecuencias de la guerra futura- pongan fin a los conflictos bélicos en un plazo limitado, no sea utópica. No es posible adivinar por qué caminos o rodeos se logrará este fin. Por ahora solo podemos decirnos: todo lo que impulsa la evolución cultural actúa contra la guerra».*

Es verdad que los avances culturales y el temor mismo a la guerra conducirán finalmente a eliminar la tendencia homicida y violenta del ser humano. Nadie lo discute. Pero ¿cuál será la expresión cultural, según el pensamiento freudiano, que mueva a ello?

Me atrevo a contestar que ese avance cultural tiene que ver con la organización del estado y la regulación de la economía sobre la tesis humanística de que, como lo han señalado varios pensadores, no es el hombre el que ha de estar al servicio de la economía sino la economía al servicio del hombre. Y, corolario del mismo planteamiento, puede decirse que un sistema político-económico que no establezca los controles para que se elimine la explotación inmisericorde del hombre social y haya un criterio equitativo en la repartición de la riqueza, tiene que fomentar el hambre y la injusticia social y, por supuesto, colocará a las grandes mayorías desprotegidas en un estado de necesidad permanente.

Basta indagar por un momento lo que desfila por la psiquis de un hombre que se acuesta con hambre y sabe que sus pequeños hijos y su mujer también la tienen. Cuántas fantasías de rencor y odio lo asediarán en las dolorosas horas de la noche sin poder conciliar el sueño. Es fácil entender que un hombre así acorralado no puede estar en paz con una sociedad que propicia indolente esos sucesivos dramas de oprobio y desigualdad.

Cuando falta un empleo dignificante y bien pagado para cerca de dos millones de cabezas de familia en Colombia, no puede esperarse la paz. El sistema económico, por más que se humedezca en el bálsamo de la democracia, no será el que entusiasme al hambriento o al huérfano de felicidad que a otros inunda en derroches extravagantes de dinero fácil, heredado u obtenido en los avatares azarosos y sangrientos del narcotráfico.

Nadie se debe dejar morir de hambre ni estrangulado por las deudas, sin que por su mente no irrumpa la inclinación al atraco, al secuestro, al homicidio y a todas las formas de la violencia.

El experimento del marxismo falló por la adopción como sistema de gobierno del estalinismo férreo y totalitario, al que se sumó la negación de la libertad humana y el desprecio de la individualidad del hombre y de su esfuerzo independiente. Pero no se puede afirmar hoy que la idea marxista ha sido del todo derrotada. El hombre en su camino de la tesis, antítesis y síntesis, ha tenido que buscar su sendero como miembro de la sociedad y del estado dolorosamente; y esa tarea aun no termina. Lo que se advierte hoy como una perspectiva es la tesis de la igualdad socialista, que tuvo su origen en

Marx y en Proudhom, pero con observancia del respeto a los derechos humanos y al espíritu sensible de cada uno de los hombres.

El sistema capitalista absoluto, o salvaje como lo han llamado algunos, no puede seguir siendo la guía de la humanidad, mientras sucumben las esperanzas de los pueblos sumidos en la desigualdad y la exclusión. Ese desangrarse en la desesperación, o el saber que la naturaleza o Dios mismo le han mandado a algunos el suplicio de la pobreza extrema y el hambre, es algo no aceptable hoy por nuestra civilización.

Josef Schumpeter escribió una obra de extraordinario valor: «Capitalismo, socialismo y democracia», en la que registra con su visión de gran economista y observador juicioso de los procesos históricos y sociales, las posibilidades del capitalismo como sistema o modelo de desarrollo. Y se pregunta: ¿Puede sobrevivir el capitalismo? Responde que no cree que perdure en su forma absoluta. Y agrega que la economía hay que definirla no en términos de equilibrio sino de movimiento. Gráficamente señala que el capitalismo se parece a una bicicleta cuyo equilibrio solo se mantiene en la medida en que se le introduzcan los cambios sociales que generen confianza y capacidad de compra de las gentes. Así, pues, habrá capitalismo gracias a los progresos e innovaciones que produzcan para todos empleo bien remunerado y seguro.

Apunta que: *«En contraposición a la clase de los señores feudales, la burguesía comercial e industrial se encumbró a causa del éxito en los negocios. La sociedad burguesa ha sido configurada en un molde puramente económico: sus cimientos, sus vigas y sus fanales están todos hechos de material económico. El edificio está orientado hacia el lado económico de la vida. Los premios y los castigos están medidos*

en términos pecuniarios. Ascender y descender significa hacer dinero y perder dinero».

Es más o menos la vieja expresión de «sálvese quien pueda», que responde a una economía insolidaria y egoísta, con el hombre perdido entre la multitud. Puede apuntarse entonces que así los indicadores económicos satisfagan eventualmente en los ciclos venturosos a los banqueros y potentados, esa no será la clase de sociedad que haya conquistado el derecho a la felicidad que proclama la Constitución de Filadelfia.

Y esos, por supuesto, no son los «avances culturales» que intuía Freud para la eliminación de la guerra y naturalmente de la injusticia social.

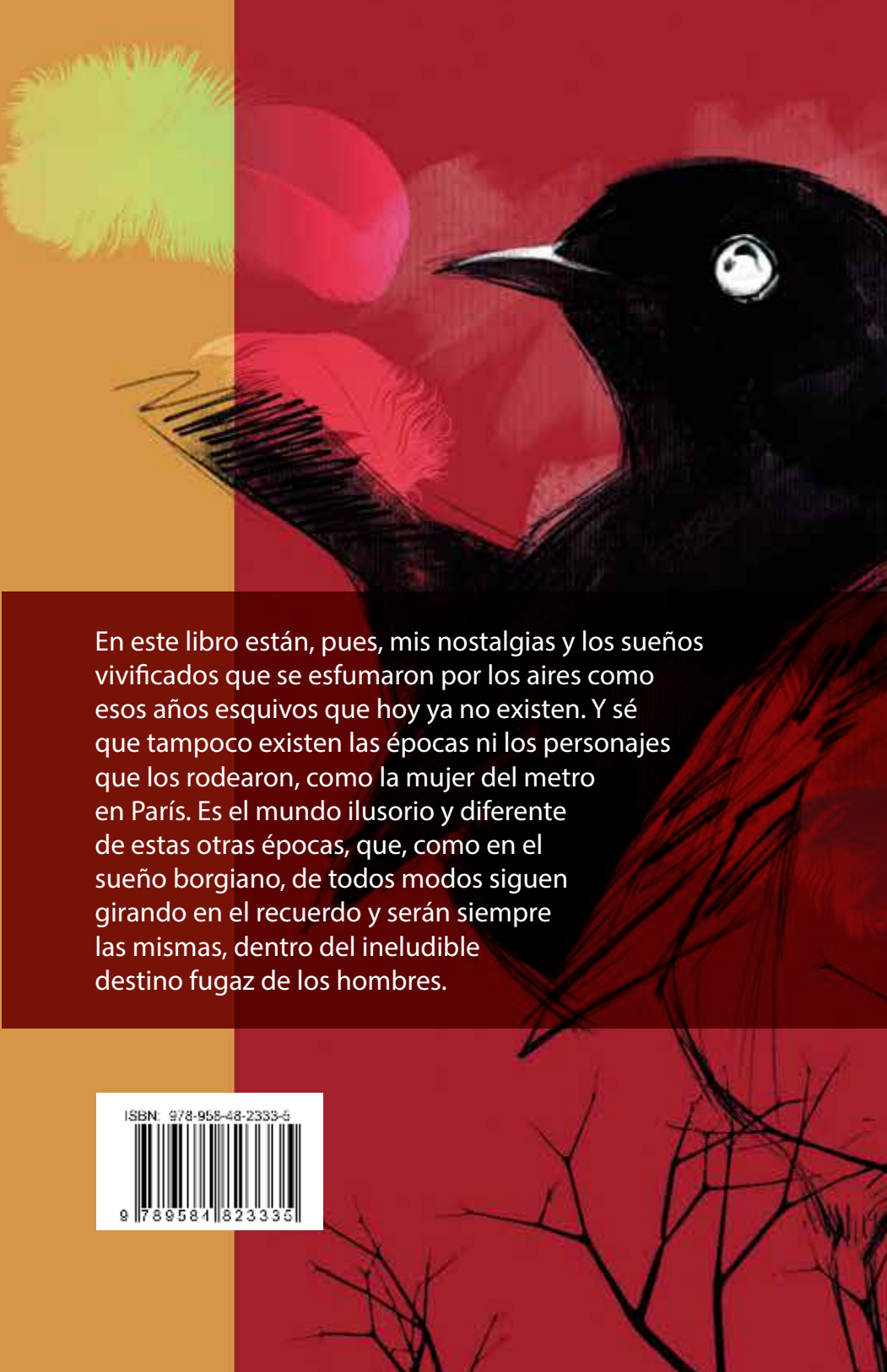
Un sistema político y económico justo, que el hombre no ha conocido, es aquel que dote de pan y educación, que atienda la salud y la dignidad de los seres humanos con un empleo pleno, que favorezca su derecho a progresar acorde con su inteligencia y esfuerzo, y a cultivar los talentos y la virtud, conforme al esmerado empuje de la tecnología. No puede haber un avance cultural, como el que soñara Freud, que no tenga presente esos elementos prospectivos. Y solo cuando eso se logre, podremos soñar con un mundo excluido de violencia, en el que el hombre, sin miedos al mañana, piense en las delicias y dones de la paz, y así regrese al arte y a la poesía sabiendo que sus hijos tendrán un porvenir en el que brille el sol con esplendor para todos.

Armando Barona Mesa es un escritor compulsivo y múltiple, con un estilo depurado y atractivo, y una envidiable cultura. En la actualidad se encuentra terminando un extenso libro sobre la vida del general José María Córdova, que recoge todo el drama de la independencia colombiana.

Ha sido embajador de Colombia en Polonia y en las Naciones Unidas en Nueva York. Fue, igualmente, senador de la República y representante a la Cámara. Pero desde hace ya largos años se ha dedicado con exclusividad a su profesión de abogado y a la apasionante labor cultural que desempeña.

Entre sus libros se destacan: "Momentos y personajes de la historia", 3 tomos, "Notas del caminante", "La separación de Panamá y otros ensayos", "El magnicidio de Sucre", "Los dioses hechiceros", "Nariño y Miranda, dos vidas paralelas", "Cali precursora".

Seis libros de poesía: "Ciudad de corazón negro", "Entre luces y sombras", "Canciones de invierno", "La ronda de las Hespérides", "Poemas sobre el viento" y este que ahora entregamos "La sombra del ruiseñor".



En este libro están, pues, mis nostalgias y los sueños vivificados que se esfumaron por los aires como esos años esquivos que hoy ya no existen. Y sé que tampoco existen las épocas ni los personajes que los rodearon, como la mujer del metro en París. Es el mundo ilusorio y diferente de estas otras épocas, que, como en el sueño borgiano, de todos modos siguen girando en el recuerdo y serán siempre las mismas, dentro del ineludible destino fugaz de los hombres.

ISBN: 978-958-48-2333-5



9 789584 182333